

Sobre el final del Adviento: la Anunciación

Sobre el final del Adviento, el cuarto domingo de este tiempo, contemplamos nuevamente la escena de la Anunciación (Lucas 1,26-38). Parece un poco repetitivo: es el mismo evangelio que meditamos en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción y en tantas otras fiestas de la Virgen a lo largo del año. Pero no se trata, en rigor, de una repetición: un mismo texto bíblico, en diferentes ocasiones, nos invita a aproximarnos con diferentes perspectivas. En la fiesta de la Inmaculada Concepción, nuestro foco fue la persona de María como “la llena de gracia”, expresión que el ángel utiliza como nombre propio de la Virgen y que sugiere veladamente ese misterio. En vísperas de Navidad, en cambio, el centro de nuestra atención es la Encarnación del Señor, y el Sí de María que lo hace posible.



Fray Filippo Lippi. La visión de la Virgen de San Bernardo (1447)

En una célebre homilía, San Bernardo de Claraval (1090 – 1153), relee el relato de la Anunciación para poner de relieve la trascendencia única de ese Sí.¹ Una vez hecho su anuncio, el Ángel espera la respuesta de María. Dicha respuesta debe ser rápida porque el Ángel debe volver al que lo envió. Pero entre el anuncio y la reacción de María se produce naturalmente una pausa, quizás mínima, sólo un instante y, sin embargo, Bernardo lo dramatiza, transformándolo en un momento de suprema tensión, que tiene a todo el universo en vilo.

Todos los creyentes que contemplamos la escena quedamos involucrados, esperando ansiosos la respuesta. Porque todos estamos esclavizados por el pecado y necesitamos ser salvados de la muerte, y sólo con la aceptación de María seremos liberados, renovados, llamados de nuevo a la vida. “Te lo suplica David (del cual debe nacer el Salvador), te lo suplica Abraham (el Padre del Pueblo de Israel), te lo suplica el mismo Adán (el padre de toda la raza humana)”. En una palabra, está en juego la salvación de todos los hombres.

San Bernardo se imagina a sí mismo animando a la Virgen. “Pronuncia una palabra transitoria y recibe en tu seno al que es la Palabra Eterna”. Y en su ansiedad, le parece que el silencio se prolonga como una eternidad. “Que tu humildad no te inhiba de hablar, porque es necesario que en tu palabra resplandezca la misericordia”. “Abre, Virgen santa, tu corazón a la fe, tus labios al consentimiento, tu seno al Creador”.

Se podría pensar que estamos ante una exageración piadosa, pero, en todo caso, este recurso literario nos ayuda a tomar medida, de algún modo, de la enormidad de lo que está sucediendo: el Dios omnipotente, que gobierna el universo, quiere depender para cumplir su designio de la respuesta libre de María. “Concebirás y darás a luz un Hijo” es efectivamente un imperativo, pero no una imposición. Algo que está presente en tantas obras sobre la Anunciación, en que el ángel se

¹ San Bernardo de Claraval, *Sobre las excelencias de la Virgen Madre*, Sermón 4,8-9.

inclina respetuosamente, casi suplicante, ante la figura humilde de María. ¡Dios rogando a su criatura!



En este cuadro del artista español Bartolomé Murillo (1650, Museo del Prado), María es sorprendida por el ángel rezando de rodillas, pero el ángel se arrodilla junto a ella! con su cabeza más baja, ofreciéndole como presente los lirios (pureza).

Y ese sí de María, en segundo lugar, es pronunciado por ella en nombre de todos. Porque el anuncio también está dirigido de un modo único y personal a cada uno de nosotros: a través de mí, el Salvador quiere continuar su encarnación, es decir,

tomar forma humana y visible en el mundo. La expresión que, con el tiempo, quedó reservada al sacerdote o al Papa, en realidad define a todo bautizado: ser “otro Cristo”, *alter Christus*. Y para cumplir ese propósito Dios necesita que nosotros ratifiquemos libremente la respuesta de María.

Y no se trata de una respuesta meramente privada, que me importa sólo a mí: en algún sentido, la humanidad y el universo enteros están pendientes de mi decisión, porque con ella algo infinitamente valioso se gana o se pierde por toda la eternidad.

En pocas horas celebraremos la Navidad. Muchos la festejarán, pero se quedarán afuera del Misterio. Precisamente porque el Misterio de la Navidad respeta nuestra libertad, no se impone a nadie: Jesús jamás invadiría con prepotencia nuestro corazón y nuestra vida. Del mismo modo que sucedió con María, Él sólo vendrá a habitar en nosotros si cuenta con nuestro Sí.